

CAPITULO II

Las conferencias de Orizaba y el rompimiento de las hostilidades

La cláusula tercera de los preliminares de la Soledad prevenía que, durante el tiempo de las negociaciones, las fuerzas invasoras ocuparían las poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacán. Esto era de capital importancia para los soldados de la expedición, y desde luego decidieron aprovechar tal rasgo de benevolencia del gobierno mexicano. Las tropas españolas se acantonaron en Córdoba y Orizaba, y se designó Tehuacán para los franceses.

Sin este rasgo de compasión aprovechado pérfidamente por los franceses, los *invencibles* jamás hubieran podido franquear los desfiladeros del Chiquihuite, sólida y útilmente fortificados. « La Convención de la Soledad había abierto á las tropas » aliadas el acceso á las provincias del interior; en el momento de ponerse en camino Jurièn de la Gravière, apreció mejor que nunca las dificultades *que de seguro no hubiera podido vencer*, si en vez de caminar pacíficamente hubiera tenido » que combatir.» (1)

(1) G. NIOX, «L'Expedition du Mexique,» pág. 86.

Durante el avance de las tropas aliadas, Zaragoza cuidó, con todo empeño, que los traidores no se unieran con los aliados. G. Niox, desde las primeras páginas de su obra, señala su odio contra el invicto general mexicano; dice: « Zaragoza » era un hombre exaltado y animado *de disposiciones hostiles » contra la intervención extranjera.*» (1) Lo raro hubiera sido lo contrario.

Ese avance de los franceses se hizo con penalidades mil y en una marcha que duró dieciséis días para las tropas y veinticinco para los convoyes. ¡16 días para recorrer 45 leguas! Los franceses salieron de Tejería el 26 de Febrero; al llegar á Soledad el 28, ya llevaban 80 enfermos y 200 hombres imposibilitados de caminar, que tuvieron que quedarse allí. Y tal movimiento se pudo hacer, porque el general Zaragoza permitió que los arrieros y dueños de carros alquilaran transportes á Jurièn de la Gravière, que de lo contrario no avanzan 5 leguas hacia el punto de su destino. G. Niox cuenta las dificultades de esa marcha y la describe presentando á los franceses como héroes, por haber resistido el clima. ¿Qué hubiera dicho si los fanfarrones de Jurièn de la Gravière y Lorenz hubieran tenido que resistir á las valientes guardias nacionales de Veracruz y hubieran hecho conocimiento con las *morunas* de los jarochos?

Cuando llegaron á Tehuacán respiraron; Niox dice: « Cual- » quiera que fuese en lo sucesivo el porvenir de la expedición, » ya *se habían vencido las mayores dificultades*, y se tenía para » lo adelante la certidumbre de poder hacer que transportes » regularmente organizados pudieran acompañar á las tropas, » condición indispensable en toda operación militar, y que de » *seguro no se hubiera alcanzado si la Convención de la Soledad » no nos hubiera abierto el país.*» (2)

(1) Obra citada, pág. 82.

(2) Obra citada, pág. 96.

El señalamiento de Tehuacán para acantonamiento del contingente francés fué una medida de suma prudencia y de gran estrategia del general D. Manuel Doblado. El ministro de Juárez, hombre de gran talento y previsión, pudo ver desde el primer instante que mientras que Prim y las tropas españolas no eran partidarias de la intervención, los franceses no hacían otra cosa que proclamar la guerra. Preparándose á todo evento, señaló Tehuacán para estas últimas, comprendiendo que allí las tenía prisioneras é imposibilitadas de hacer daño. Si se examina con atención el plano de la comarca, se ve que Tehuacán no tiene comunicación con Orizaba y la línea de Veracruz, sino por el camino de Chapulco, ó por el de la Cañada de Ixtapa. Una división de tropas mexicanas, que hubiera ocupado las posiciones de la Hacienda del Carmen y Chapulco, cortaba toda comunicación con la línea de Veracruz y obligaba á los franceses á defenderse y á capitular en Tehuacán; imposibilitados para internarse rumbo á Oaxaca, en cuyo camino, sin objeto, hubieran sido destrozados; ó rumbo á Puebla, en cuya dirección se hubieran encontrado con el grueso del ejército republicano.

Jurièn de la Gravière, marino, y con un estado mayor de oficiales de su escuadra, no pudo comprender tal situación, pero sí se la explicó en seguida el conde de Lorencez, que llegó á Veracruz el 6 de Marzo al frente del segundo contingente francés (1), y para tomar el mando del cuerpo de ejér-

(1) El segundo contingente francés se formó de la siguiente manera:
General en jefe, General de Brigada, CONDE DE LORENCEZ.
Jefe de Estado Mayor, Coronel VALAZE.

INFANTERIA.

1er. Batallón del 2º Regimiento de Zuavos	1,143 hombres.
Dos Batallones del 99 de Línea	1,544
1er. Batallón Cazadores de Vincennes	720
Una compañía de Ingenieros	158
	<hr/>
	3,565 hombres.

cito francés. El 26 llegó á Tehuacán el general francés, y comprendiendo que para ejecutar las órdenes que había recibido, aquella población no podía servirle de base de operaciones, hizo solicitar de la bondad del gobierno mexicano, y lo obtuvo, que el cuerpo expedicionario francés regresara á Orizaba, para ponerse en contacto con las tropas recién desembarcadas y tener cubierta su retirada.

Con los 4,474 hombres de la segunda expedición y los 2,720 del primer envío, Lorencez debía tener 7,194; pero las bajas por enfermedad, los reembarcados, así como los servicios médicos y administrativos, disminuían el efectivo de su cuerpo de ejército á 6,500 hombres, con 18 cañones de batalla, ya que los 8 obuses de marina al fin no fueron desembarcados. Con estas fuerzas emprendió la loca aventura de romper las hostilidades y avanzar sobre Puebla.

Las intenciones hostiles de Napoleón III se dieron á conocer desde antes que llegara á su noticia el éxito de la diplomacia mexicana, representada por Doblado, á quien Paul Gaulot llama, en un arranque de ira, *astuto como un indio vicioso*. (1) Doblado, perfecto caballero, ni era indio ni era

CABALLERIA.

Un escuadrón del 2º Regimiento de Cazadores de Africa . . . 173 hombres.

ARTILLERIA.

Una batería de 6 cañones rayados del 9º Regimiento de

Artillería 203 hombres.

Un escuadrón tren de Artillería 269

472

Tropas de administración y enfermeros 216 hombres.

Escoltas para el Estado Mayor 48

Total 4,474 hombres

6 cañones, 616 caballos y mulas.

Estas fuerzas salieron de Francia el 28 de Enero y llegaron á Veracruz el 6 de Marzo.

G. NIÖX. Obra citada, pág. 102.

(1) PAUL GAULOT. «Rève d'Empire.» pág. 43.

vicioso, y sí un hombre hábil y un patriota que supo imponerse á Saligny, en sus bastardas y fraudulentas miras.

Napoleón III, cuando supo que la expedición española había partido de la Habana antes que la francesa, que subía de 6,000 hombres, que iba perfectamente pertrechada y que era muy superior á la francesa, temió que sus quimeras de conquista sufrieran un descalabro y que la Convención de Londres se hubiera hecho en provecho exclusivo de España.

Ya entonces se hablaba libremente de los proyectos de Eugenia y de los príncipes de Metternich, de elevar al trono de México al Archiduque Maximiliano, y de conquistar el rico y feraz imperio de los Moctezuma. Ante semejantes proyectos protestó enérgicamente el Ministro de México, D. Juan Antonio de la Fuente, pidiendo sus pasaportes y dirigiendo al ministro Thouvenel una nota enérgica y llena de convicción en el triunfo de México. (1)

Napoleón III envió el segundo contingente francés á las órdenes de un ambicioso (Lorenz), é hizo más, envió á Almonte para dirigir la aventura mexicana y para que éste comenzara á realizar los brillantes ofrecimientos que por tres años estuvo haciendo á la Emperatriz. Almonte, antes de ponerse en camino para México, pasó á Madrid, donde estuvo el 27 de Diciembre, conferenció con Calderón Collantes y re-

(1) En un pasaje de este documento se lee:

«México no es tan débil como lo era España cuando Napoleón I. Podrá ser conquistado, pero jamás sometido; y no será conquistado sin haber dado antes pruebas del valor y de las virtudes que se le niegan. Después de haber sacudido el dominio monárquico de España, dominio secular y profundamente arraigado, México, que no aceptó por Rey ni á su libertador, que acababa de salir victorioso en una revolución contra los restos de una oligarquía que pesaba sobre su democracia, no aceptará jamás, á ningún precio, una monarquía extranjera. Esta monarquía, difícil de crear, será aún más difícil de sostener. Tal empresa, ruinosa y terrible para nosotros, lo será aún más todavía para sus promovedores. México es débil, sin duda alguna, en comparación de las potencias que invaden su territorio, pero tiene la conciencia de sus derechos ultrajados, el patriotismo que multiplicará sus esfuerzos y la alta convicción de que sosteniendo con honor esta lucha peligrosa, le será dado preservar el continente de Cristóbal Colón del cataclismo que lo amenaza.»

(Este documento lo hemos traducido de la obra de PAUL GAULOT, «Rêve d'Empire», pág. 50.)

gresó á París. Se embarcó en la escuadra francesa y llegó á Veracruz el 1º de Marzo, sorprendiéndose de que la guerra no hubiera comenzado, y más todavía, de los Convenios de la Soledad. Almonte avanzó hasta Córdoba y desde luego se puso en contacto con los jefes reaccionarios; Taboada se le incorporó llevándole la noticia del fusilamiento de Robles Pezuela en San Andrés Chalchicomula y una carta de Vidaurri, en la cual éste le ofrecía «que él y el ex-Presidente Comonfort irían» á ponerse de acuerdo con Robles para obrar.» (1)

No es de extrañarse que Vidaurri haya hecho tales ofrecimientos, dado su carácter versátil, donde la traición estaba latente; pero sí se puede y se debe decir que Comonfort jamás alentó semejantes propósitos, y que si es responsable de su debilidad el 17 de Diciembre de 1857, fué un gran patriota que supo defender á su patria y murió por ella.

El arribo de Almonte y de sus acólitos clericales D. Antonio de Haro y Tamariz y el padre Francisco Javier Miranda ocasionó graves dificultades entre los mismos jefes de la expedición, y entre éstos y el gobierno mexicano.

Además, las indiscreciones de Almonte hicieron saber al general Prim cuál era el objeto real de la expedición, que él no podía aprobar ni como súbdito español, ni como general de los ejércitos de S. M. C., ni como Senador del reino. (2)

España tenía miras especiales sobre México; todos afirmaron en aquella época que se trataba de colocar en un trono

(1) JOSE MARIA HIDALGO. Obra citada. Edición Vázquez, pág. 131.

(2) Informe del general Prim al gobierno de España. LEFEBRE, obra citada, págs. 200 y 201: (Acta de la Conferencia del 9 de Abril.)

«En una visita que me hizo el general Almonte, pocos días después de su llegada, me declaró francamente que contaba con el apoyo de las tres potencias aliadas, para verificar en México un cambio radical en la forma del gobierno, reemplazar en él la República por la monarquía y llamar al trono al Archiduque Maximiliano de Austria.»—«Le contesté que mi opinión en la materia era diametralmente opuesta á la suya, y que, para la ejecución de su plan, no debía contar para nada con el apoyo de las fuerzas españolas, porque México, constituido en República hacía ya cuarenta años, rechazaría la forma monárquica y se resistiría á aceptar unas instituciones tan diferentes de las que había tenido hasta entonces.»

mexicano al príncipe D. Juan de Borbón, al príncipe D. Enrique, ó al tío de la reina, D. Sebastián. Al lado de las instrucciones que todos conocemos, y que se dieron al general Prim, es seguro que había otras secretas, hasta ahora desconocidas, que le señalaban su verdadera línea de conducta y que expresaban los fines de la política española. Ahora bien, estos fines nunca podían ser los de gastar el dinero del tesoro español y la sangre de los valientes iberos en una aventura que tenía por objeto fundar un virreinato francés con el apoyo de las bayonetas españolas.

El general Prim, que había alcanzado la victoria más completa, levantando muy alto la bandera de España en Africa, no podía tolerar que esa gloriosa enseña se humillase ante un ejército inferior al suyo, que trabajaba por intereses distintos á los de España. Si Prim no ordenó la retirada del ejército español desde el día en que Almonte le confesó los planes secretos de Napoleón III, debe haber sido porque esperaba instrucciones sobre el particular, en respuesta á los informes que él envió. Pero desde el primer día manifestó su inconformidad con el proyecto napoleónico, separó de tal aventura la influencia y el cuerpo de ejército español y protestó contra la presencia y la conducta seguida por Almonte, protesta á la cual se asoció Mr. Wyke y que fué aprobada por el gobierno inglés. (1)

Desde aquel instante se podía asegurar que la Convención de Londres estaba á punto de perecer, destruida por las intrigas de Saligny, que obedecía órdenes terminantes de Napo-

(1) Mr. Charles Wyke recibió de Lord Russell un despacho fecha 21 de Abril, en contestación á los de aquel diplomático de fechas 27, 29 y 30 del mes de Marzo de 62. En este despacho se lee lo siguiente:

«He aquí las respuestas del gobierno de S. M. B. á las cuestiones propuestas:

«1.º A su juicio, el general Prim y el representante de la reina estaban perfectamente fundados al protestar contra el permiso dado por Mr. Dubois de Saligny al general Almonte y al padre Miranda, para penetrar al interior de México bajo la protección del pabellón francés.

«2.º A su juicio, el general Prim ha tenido muchísima razón para decidirse á retirar sus tropas, si el representante de Francia persistía en semejante conducta.»

león III; no se esperaba, no se buscaba sino un pretexto, y la respuesta de la Corte de las Tullerías desaprobando los preliminares de la Soledad. (1)

El general D. Juan Nepomuceno Almonte desembarcó en Veracruz el 1.º de Marzo de 1862, trayendo plenos poderes de Napoleón y de Maximiliano, cómplice ya de la aventura mexicana. Almonte desembarcó creyendo que México estaba ya conquistado, y haciendo gala de un poder y de una magnificencia que sorprendían á todos. Reconocía y concedía grados en el ejército, creaba empleos y hasta otorgaba títulos de nobleza en nombre del futuro soberano de México, Maximiliano I, con una soltura y un descaro que maravillaron á los mismos franceses. (2)

Esta conducta y la novedad que causaba el Bautista mexicano, precursor de una monarquía con su corte, nobleza, grandes dignatarios de la Corona y fausto real, ocasionaron asombro é hilaridad en el partido liberal, esencialmente republicano, que no podía creer que en el país donde no pudo florecer el Imperio de Iturbide se fuera á intentar la importación de un príncipe extranjero, disfrazado de soberano; que siempre sería para los mexicanos, extraños al sistema monárquico, un emperador de guardarropía. (3) El partido clerical, por lo contrario, veía la llegada de Almonte y esas primeras

(1) LORENCEZ escribía á Francia (10 de Marzo):

«El general Prim será llamado antes del 15 de Abril; las conferencias no tendrán ningún resultado; nosotros marcharemos adelante. Llegaremos á la capital y el príncipe Maximiliano será proclamado soberano de México, en donde su gobierno firme y sabio se mantendrá fácilmente para la dicha y regeneración del más desmoralizado de los pueblos.»

(2) D. FRANCISCO ARRANGOIZ. «Apuntes para la Historia del Segundo Imperio», capítulo IV.

(3) Se hizo tanta burla de los proyectos monárquicos de Almonte, que se ridiculizaron éstos en todas formas. FIDEL, el inolvidable GUILLERMO PRIETO, obsequió á Almonte con unos versos que se llamaron MARCHA A JUAN PAMUCENO, y se cantaban

indiscreciones de monarquía como el suceso largo tiempo deseado, que colmaba sus esperanzas.

El primer acto de Almonte fué intentar proclamarse Jefe Supremo de la Nación en uno de esos pronunciamientos clericales, en que una junta de *notables*, escogidos por el que debe ser nombrado, dan el poder á su compinche ó corifeo. Pocos días después de desembarcado se puso en correspondencia con el patriota y pundonoroso jefe republicano, entonces coronel, D. Alejandro García, comandante de las fuerzas mexicanas de vanguardia, proponiéndole que desconociera á Juárez y que estuviera conforme en reconocerlo como Jefe Supremo de la República. D. Alejandro García, sin contestar al bastardo del Cura Morelos, transmitió los despachos del infame traidor al gobierno nacional, lo cual sirvió de aviso saludable y reveló el principal papel que desempeñaban, en la aventura de la intervención, los clericales mexicanos.

Casi al mismo tiempo, Almonte hizo un llamamiento á los jefes reaccionarios, que fueron reuniéndose con él uno á uno. Los generales Robles Pezuela y Taboada, que por mucho tiempo estuvieron escondidos en la Legación francesa, amparados por Saligny, se dirigieron á Córdoba. Robles Pezuela fué hecho prisionero y fusilado en S. Andrés Chalchicomula (23 de Marzo), cumpliéndose en él el enérgico decreto de Juárez de 25 de Diciembre de 61; Taboada pudo escapar y llevó á Almonte las adhesiones de D. Severo del Castillo, don Bruno Aguilar, D. Manuel María Calvo y otros jefes reaccionarios que con la intervención veían llegado el día del triunfo.

No podía permanecer indiferente el gobierno de la Repú-

con la música de la conocida canción CHOCHO PISAGUA. No podemos resistir á la tentación de publicar el estribillo de esa burla, que decía:

« Amo-quinequí, Juan Pamuceno,
« No te lo plantas el majestá,
« Que no es tu propio manto y corona,
« Que to guarache, que to huacal.»

La canción se hizo célebre y fué muy popular, cantándose aun en épocas en que Almonte era gran chambelán de la corte imperial.

blica ante tales manejos, y dando pruebas de una energía extraordinaria y de una entereza poco común, Juárez se dirigió á los comisarios extranjeros, con fecha 3 de Abril, solicitando el reembarque de Almonte y sus corifeos. (1)

Es importante insistir en lo siguiente: el gobierno mexicano no pedía *la entrega* de Almonte y socios, como expresaron los comisarios franceses, diciendo que no los entregaban *porque serían fusilados* como Robles Pezuela; pidió *su reembarque*, esto es, lo mismo que se había verificado con Miramón, á petición de los comisarios ingleses.

Los comisarios ingleses y el español comprendieron la justicia de la petición de Juárez, y deseando aclarar situaciones, convinieron en tener una conferencia inicial que reuniera á los representantes de las naciones aliadas, como preliminar á las que deberían verificarse con los ministros ó representantes de la República Mexicana. Esta junta tuvo lugar el 9 de Abril y alcanzó trascendencias tales, que dede ser sumariamente estudiada.

El general Prim y Mr. Wyke pidieron en ella el reembarque inmediato de Almonte y socios. Saligny se opuso á esta

(1) Esta nota, digna de ser conocida, es la siguiente:

«El infrascrito Ministro de Relaciones Exteriores de la República Mexicana, tiene la honra de dirigirse, por acuerdo del C. Presidente, á los EE. SS. Comisarios de Inglaterra, Francia y España, para manifestarles que, siendo de innegable notoriedad el hecho de haberse presentado en el país D. Juan N. Almonte, D. Antonio Haro y Tamariz, el Padre D. Francisco J. Miranda y algunos otros reaccionarios que los acompañan, con el manifiesto fin de promover una nueva revolución y provocar asonadas, la permanencia de dichos individuos en el territorio nacional y en los puntos que han escogido para foco de sus conspiraciones es una amenaza criminal contra la paz pública, objeto principal de las altas potencias aliadas, tan interesadas en su conservación como es necesario al bienestar general y al feliz término de las cuestiones pendientes entre ellas y la República.

«En consecuencia, el Supremo Gobierno, obligado á mantener la paz y con el derecho que le asiste de alejar cuanto pueda alterarla ó comprometerla, pide á los EE. SS. Comisarios se sirvan disponer que las personas que se mencionan SEAN REEMBARCADAS desde luego y enviadas fuera de la República.

«Este pedido es de tan incontrovertible justicia, que el Supremo Gobierno no puede permitirse dudar que los dignos representantes de las altas potencias aliadas le concedan su inmediata deferencia.— El infrascrito, etc. etc.— DOBLADO.— EE. SS. Comisarios de la Inglaterra, Francia y España.»

petición, alegando: « que Almonte era un *proscrito*, un *desterrado*, y que Francia nunca había negado su protección á los hombres que se hallaban en tal situación, y que una vez concedida, no había ejemplo que se les hubiera retirado.»

Prim y Wyke hicieron presente cuáles eran los fines de la Convención de Londres y expresaron que ellos nunca podrían apoyar los actos de un revolucionario que venía á turbar la paz de la República y á poner dificultades á los tratados que estaban en vías de arreglo; expresaron que se debía continuar, sin variarse, la política seguida por los comisarios de las tres naciones; que éstos no tenían el derecho de imponer á los mexicanos una forma de gobierno que no fuese de su gusto; que hacer otra cosa significaba no cumplir con lo establecido en la Convención de Londres, y burlar los compromisos hechos con el gobierno mexicano.

Los comisarios franceses, con gran asombro de Prim y Wyke, significaron su resolución de no tratar con el gobierno de la República, y que no retirarían su protección á Almonte. Después de una discusión acalorada, Mr. Charles Wyke preguntó á Saligny « si era cierto, como se decía por todos lados, que él no diese ningún valor á los preliminares de la Soledad, » á lo que éste contestó « que jamás había tenido la menor confianza en ninguno de los actos del gobierno mexicano, y que dicha opinión se aplicaba no sólo á los preliminares de que se hablaba, sino á todos los compromisos que podrían, en lo futuro, celebrarse con él.»

La declaración de Saligny provocó una seria discusión, en la cual se dice que el general Prim llegó á injuriar á Saligny. Habiéndose negado los comisarios franceses, en definitiva, á reembarcar á Almonte; tanto Prim como Wyke expresaron firmemente que si ese reembarco no se verificaba, ó si los comisarios franceses se negaban á acudir á las conferencias de Orizaba, ellos se retirarían de México con sus tropas, considerando que los franceses habían violado la Convención de Lon-

dres (1). Aquel mismo día los comisarios aliados dirigieron una nota colectiva al gobierno mexicano, expresando: « que se habían hallado en la imposibilidad de ponerse de acuerdo sobre la interpretación que se debía dar á la convención del 31 de Octubre de 1861. » Al mismo tiempo, Prim dictó sus órdenes para el reembarque del cuerpo expedicionario español, y escribió una atenta carta al general Doblado, dándole cuenta del retiro del ejército español.

De tal manera concluyó la Convención de Londres, anulada por los mismos que la invocaban y con motivo de la actitud justa y enérgica de Juárez, reconocida por el general Prim y por Mr. Wyke.

* * *

El mismo 9 de Abril los comisarios franceses dirigieron una nota á D. Manuel Doblado, que es un monumento de perfidia.

Dicha nota comienza expresando Saligny y Jurièn de la Gravière que les es imposible acceder á la petición del gobierno mexicano, fecha 3 de Abril, que pide el reembarque de Almonte. Sigue haciendo el panegírico de ese individuo; establece que los comisarios han tenido el sentimiento de registrar nuevas vejaciones cometidas contra súbditos franceses, y termina con las siguientes declaraciones:

« Los infrascritos están convencidos de que si perseveran en la vía á que los ha conducido el deseo de evitar la efusión de sangre, se expondrían á reconocer las intenciones de su gobierno y á volverse involuntariamente cómplices de esa compresión moral, bajo la que gime en el día la gran mayoría del pueblo mexicano.»

« En consecuencia, tienen el honor de comunicar á S. E. el señor ministro de relaciones exteriores que las tropas fran-

(1) Véase LEFEVRE, Obra citada, págs. 199 á 207.

» cesas, dejando sus hospitales bajo la guarda de la nación mexicana, se replugarán más allá de las posesiones fortificadas del Chiquihuite, para recobrar ahí toda su libertad de acción tan luego como las últimas tropas españolas hayan evacuado los acantonamientos que ocupan hoy en virtud de la Convención de la Soledad.»

« Los infrascritos tienen el honor, etc. etc. Orizaba, 9 de Abril.»

D. Manuel Doblado replicó á la indigna serie de pretextos de los comisarios franceses con una nota que siempre será notable en la diplomacia mexicana, por su mesura enérgica y por su alta significación, en la cual destruía por completo los motivos de queja de Saligny. Esta nota concluía así:

« Pero el gobierno constitucional, depositario de la soberanía y guardián de la República, repelerá la fuerza con la fuerza y sostendrá la guerra hasta sucumbir, porque tiene conciencia de la justicia de su causa, y porque cuenta con que en esa contienda lo ayudarán poderosamente el valor y el amor á la patria, característicos en el pueblo mexicano.»

Estas notas establecían un estado de guerra entre México y Francia.

Sólo faltaba que los franceses cumplieran con los compromisos que habían contraído, según la cláusula IV del Convenio de la Soledad, para que las hostilidades comenzaran. Esta cláusula establecía: « que en el evento desgraciado de que se rompieran las negociaciones, las fuerzas de los aliados desocuparían las poblaciones antes dichas » (Córdoba, Orizaba y Tehuacán) « y volverían á colocarse en la línea que está adelante de dichas fortificaciones en rumbo á Veracruz, designándose como puntos extremos principales el de Paso Ancho, en el camino de Córdoba, y Paso de Ovejas, en el de Jalapa.»

Los franceses tenían que cumplir este compromiso contraído en nombre del honor; la palabra empeñada de un general francés, en nombre de la caballerosidad. México no dudaba

ni por un instante que tanto Saligny como el contra-almirante Jurièn de la Gravière, estando á la altura del prestigio de Francia, darían cumplimiento á sus compromisos y harían honor á su firma estampada en un tratado. El general Prim, el ministro Wyke, todos creían lo mismo. ¡No se podía esperar otra cosa!

Pues bien, el general Lorencez, en nombre de la felonía, se burló de los compromisos contraídos y ejecutó uno de los hechos más vituperables que se conocen en los tiempos modernos, suceso que siempre será una mancha y que eternamente será considerado como una villanía.

Lorencez no hizo retroceder á sus tropas más allá del Chiquihuite, traicionó la confianza y la caballerosidad del gobierno mexicano y comenzó la guerra desde Córdoba, en la seguridad de haber sido destrozado y aniquilado, si hubiera comenzado las hostilidades desde Paso Ancho.

Los franceses ocuparon las fortificaciones mexicanas del Chiquihuite, asaltadas por la mala fe de un general falto de pundonor civil y militar.

* * *

El capitán de Estado Mayor G. Niox, en su obra *L'Expédition du Mexique*, disculpa la felonía de Lorencez en los siguientes términos:

«Para apreciar esta determinación, que era seguramente de las más graves, es necesario reflexionar que por pocos que hubieran sido los días que las tropas francesas hubieran pasado en la tierra caliente, éstos hubieran bastado para provocar un inmenso desastre, y que á esto tendía desde hacía largo tiempo la política de *alargamiento de plazos* del gobierno mexicano, singularmente favorecida por la actitud de los plenipotenciarios inglés y español. Es de preguntarse, pues, si no era el más imperioso deber de un General en Jefe, garantizar ANTE TODO los miles de vidas que tenía en sus manos. Ninguno de los que

han reprochado al general Lorencez lo que llaman violación del Convenio de la Soledad, habría osado, en iguales circunstancias, asumir la terrible responsabilidad de retroceder á la tierra caliente.»

«En cuanto á las posesiones del Chiquihuite, cualquiera que fuera la importancia que les atribuían los mexicanos, *no hubieran detenido largo tiempo á nuestras tropas*, que asaltaron con tanto arrojo, algunos días más tarde, las posiciones de las cumbres de Aculcingo.»

«No se podrá admitir, pues, *que consideraciones de esa naturaleza sean las que hayan influenciado al general Lorencez.*» (1)

Paul Gaulot, en su obra *Rêve d'Empire*, dice:

«El Convenio de la Soledad estipulaba que en caso de hostilidades, los franceses retrocederían más allá del Chiquihuite. Esta cláusula *era funesta*, pues su ejecución *casi equivalía á un desastre*. En aquellos momentos, en efecto, la estación mala comenzaba; replegar las tropas á la tierra caliente, era exponerse á ver que se fundiera, en algunos días, por las fiebres, la mayor parte de nuestra fuerza.

«El general Lorencez, considerando esta eventualidad terrible, *tomó audazmente la responsabilidad de una ruptura*. Más por razones DE HUMANIDAD que para conservar unas posiciones ventajosas, *aprovechó un pretexto fútil*, torpemente ofrecido por el general Zaragoza, *y denunció la Convención.*» (1)

¡No pueden ser más torpes ni más necias las razones que se presentan tratando de disculpar la felonía de Lorencez!

¡Milagro que el Sr. Bulnes no aplaude á Lorencez! ¡Ha elogiado á Márquez!

Pero lo curioso es que al mismo tiempo que el general francés, jefe de la expedición, se preparaba á faltar á la palabra de honor empeñada, en Francia se pensaba que *eso debía ha-*

(1) Obra citada, págs. 141 y 142.

(2) Obra citada, pág. 56.

cer, y aun así lo aconsejaba y prevenía el Ministro de la Guerra francés. Con fecha 13 de Abril le decía: «que la Convención era inaceptable en lo pactado en la cláusula IV.» Con fecha 30 de Abril le escribía: «La deplorable Convención *con-*» sentida por el Almirante y que, *seguramente Ud. no está en la*» *obligación de reconocer.*» (1) Lorencez estuvo á la altura de las circunstancias y supo adivinar los sentimientos caballerosos de su Ministro, digno de servir de guarda-sellos á un rey Igorrote.

¿Para qué amontonar censuras sobre aquel acto, condenado ya por todos los hombres honrados? Que nos sirva de ejemplo para lo porvenir y de saludable lección.

Los pretextos de Lorencez para faltar á sus compromisos se basaron en una infamia.

Al retirarse de Orizaba dejó más de trescientos enfermos custodiados por un batallón de zuavos. El general Zaragoza le hizo saber que debía retirar esa escolta, «ya que los heridos quedaban escoltados por sus tropas y bajo la salvaguardia de la nación mexicana.» Lorencez, decidido á no cumplir sus compromisos, pretextó que sus enfermos carecían de garantías, «que se hallaban indignamente amenazados.» Publicó un manifiesto estampando tan burda infamia y tan notoria mentira, y en nombre de la humanidad, *para defender á sus enfermos*, se declaró relevado de todo compromiso, avanzó sobre Orizaba y de hecho comenzó las hostilidades, atacando á las tropas mexicanas que escoltaban al general Prim, en una forma que censuró abiertamente el caballeroso y digno caudillo de las tropas españolas. (2)

¿La guerra había comenzado!

(1) G. Niox. Obra citada, pág. 141.

(2) Es muy conocido el episodio del ataque que sufrió la fuerza mexicana que escoltaba el carruaje del general Prim, en que éste, acompañado de su esposa, hacía el viaje rumbo á Veracruz. Mandaba la escolta el coronel Félix Díaz y se componía de unos cuantos veteranos del regimiento «Lanceros de Oaxaca.» Impensada y desprevénidamente fué atacada la escolta por un escuadrón de Cazadores de África, al mando del capitán Capitán, y en la refriega los mexicanos probaron ser dignos de los

*
* *

Lorenz ocupó Orizaba sin disparar un tiro. Al avance de sus tropas, la vanguardia mexicana, que la componían algunas fuerzas de Oaxaca y la Brigada de Querétaro, se replegó al Ingenio y después á Aculcingo.

Por supuesto que los enfermos franceses no habían sido amenazados en lo más mínimo, y que sólo tuvieron de los mexicanos atenciones y cuidados. Así fueron tratados siempre los heridos franceses prisioneros. Después del 5 de Mayo eran enviados á las líneas francesas, libres y con auxilios pecuniarios. En el sitio de Puebla fueron tratados al igual de los heridos mexicanos. Y eso está comprobado por las declaraciones y las cartas publicadas espontáneamente por todos aquellos que recibieron la hospitalidad y los cuidados del cuerpo médico militar mexicano y de nuestros hospitales de sangre.

La guerra fué un hecho. ¡Cosa inaudita! ¡La había declarado un general de brigada (1) sin tener carácter diplomático, ni la autorización especial de su gobierno! En todos los países civilizados no se declara una guerra *sin la autorización especial* del Congreso, Parlamento, Senado, lo que haya; y por conducto del Jefe del Estado. Francia en 1862 se apartó de todos los usos establecidos, de las reglas más rudimentarias del derecho de gentes y del derecho internacional: atropellando las facultades del «Cuerpo Legislativo,» asombrando al mundo entero.

Se quería acabar cuanto antes, para que la farsa del virreinato francés comenzara luego y Napoleón III se regocijara con sus conquistas americanas.

elogios que les tributó el general Prim y el brigadier Millan de Bosch. Este suceso aconteció el 15 de Abril de 1862, día en que de hecho comenzó la guerra franco-mexicana.

(1) Lorenz fué hecho general de división después de su salida de Francia.

La guerra de España fué la enorme roca que se atravesó ante el camino glorioso de Napoleón I; la guerra de México fué el peñasco que detuvo á Napoleón III en su marcha cancanesca hacia la gloria, cantada ya en «La Bella Elena,» con música de Offembach.

Había llegado el instante de que se realizaran los ofrecimientos de Almonte, de Labastida, de Gutiérrez Estrada y demás intrigantes. Ya estaba el ejército francés en México!; ya avanzaba contra Juárez en són de guerra!; ya flameaba la bandera de Francia amparando la mercancía clerical que protegía! Era aquel el instante de que las poblaciones derramaran flores al paso de los invasores; de que éstos llegaran á México bajo arcos de triunfo y con el aplauso de los mexicanos.

¿Por qué no declarar la guerra, si ésta iba á ser una serie sucesiva de banquetes, *Te Deums*, bailes y serenatas?

Allí estaba *Monsieur Almonté*, que había ofrecido las ovaciones!

Pero allí estaban también Juárez al frente de la Nación, y Zaragoza mandando el ejército republicano; allí estaban, decididas á morir por su Patria, las dos grandes figuras nacionales en las que todos confiaban: y allí el patriotismo del partido liberal dispuesto á todos los sacrificios!